

Feminidades y feminismos en la prensa de la década de 1960 en Argentina

María Laura Schaffer

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas-
Universidad Nacional de Rosario, Universidad Nacional de Entre Ríos

Resumen

El presente artículo avanza sobre el análisis de modelos de feminidad que se postulaban como deseables y legítimos en la prensa destinada a las mujeres de la disruptiva década de 1960. Aborda asimismo los discursos feministas que tenían lugar en las revistas en pleno auge de la modernización periodística y la entrada de las mujeres a las redacciones, así como las reacciones conservadoras y machistas hacia los discursos que también tenían su espacio en la prensa destinada a las mujeres. El trabajo traza un recorrido por textos publicados en la prensa femenina (*Maribel, Para Ti, Femirama, Cristina*) y de actualidad de la época (*Gente, Life*) en Argentina —los cuales contenían discursos acerca de lo femenino y del feminismo—, sin pretender realizar un contraste ideológico entre las diversas editoriales, sino con la intención de interpretar críticamente las redefiniciones de los géneros, las sexualidades y la erótica o el deseo femeninos que tuvo lugar en esa década en este país.

Palabras clave: feminidades, feminismo, prensa, década de 1960, Argentina.

Abstract

This article moves forward on the analysis of femininity models presented as desirable and legitimate in the press dedicated to women of the disruptive 1960's. It also addresses the feminist discourses in those magazines in the boom of journalistic modernization and the women entry to editorial offices and the conservative and sexist reactions to those discourses that had a place in the press dedicated to women. This work is also a journey over texts published on feminine press (*Maribel, Para Ti, Femirama, Cristina*) and on in-fashion magazines from back then (*Gente, Life*) in Argentina that included discourses about femininity and feminism; it does not pretend to make an ideological comparison of various publishers but it does intend to make a critical interpretation of the redefinition of genders, sexualities and the feminine erotica that took place in the Argentina from the 1960's.

Keywords: femininities, feminism, press, sixties, Argentina.

De las mujeres se habla. Sin cesar, de manera obsesiva. Para decir lo que son, o lo que deberían hacer.

PERROT (2008: 27)

[...] aunque echarle jabón a la lavadora no nos hiciera revivir nuestra noche de bodas.

FRIEDAN (2009: 41)

Introducción

La actual cuarta ola del feminismo en Latinoamérica está desarrollándose vinculada con las mediatizaciones de la cibercultura. En la década de 1960, un discurso feminista en Argentina cobró relevancia mediática en la prensa de masas en pleno auge de la modernización.

La época marcó un tiempo en el que las tradicionales instituciones que habían regulado las diferencias de género y sexualidad entraron en crisis y produjeron oleadas de cambios en discursos de la prensa. Como sabemos, en la década de 1970 la reacción ante las revoluciones políticas y culturales impuso sistemas dictatoriales en Latinoamérica, que congelaron y acallaron a las voces más disruptivas; también a las del feminismo.

En este contexto, el artículo avanza, por un lado, sobre el análisis de los modelos de feminidad —en una época en la que aún no se hablaba de género— y sexualidad que se postulaban como deseables y legítimos en la prensa destinada a las mujeres; por otro lado, aborda los discursos feministas que ganaban lugar en las revistas, así como las reacciones conservadoras y machistas hacia los mismos, que también tenían su espacio en la prensa destinada a las mujeres.

Desde las categorías de género y sexualidad (Rubin, 1989; Butler, 2007 [1990]; Scott, 2000; Preciado, 2010) se exploran discursos acerca de la relación entre feminidad y deseo publicados en dicha prensa. El análisis discursivo y semiótico del material de las revistas femeninas (*Maribel*, *Para Ti*, *Femirama*, *Cristina*) y de actualidad de la época (*Gente*, *Life*) no pretende realizar un abordaje contrastivo de las diversas editoriales, sino interpretar críticamente las redefiniciones discursivas (Colaizzi, 1990) del género, la sexualidad y la erótica o el deseo femenino que tuvo lugar en la década y de cuyo acontecimiento son testimonio.¹

Cuando lo femenino no era género

En la década de 1960, la noción de género aún no estaba difundida entre los discursos sociales. Desarrollada en los decenios subsiguientes, tendería a confundirse con la de sexualidad. Esta confusión dio paso a la idea de que una teoría de la

¹ Este trabajo es parte de los resultados de mi tesis de doctorado en comunicación social (Schauffer, 2016).

sexualidad podía derivarse de una teoría del género. Frente a este solapamiento, Gayle Rubin (1989) buscó distinguir las nociones aduciendo que, si bien el desarrollo de este sistema sexual se ha producido en el contexto de las relaciones entre géneros —donde el género afecta al funcionamiento del sistema sexual y éste ha poseído siempre manifestaciones de género específicas—, constituyen dos áreas distintas de la práctica social.

Pese a que no existía un desarrollo teórico acerca de la categoría de género, en esa década ya eran célebres los escritos de Simone de Beauvoir y Betty Friedan, que alimentaban una nueva ola del feminismo. La conocida frase de Simone de Beauvoir (2007) que sostenía que no se nacía mujer, sino que se llegaba a serlo, definía el ser mujer como un proceso no estable, un convertirse, un construirse, sin origen ni final claro. Su significado era problemático y relativo a las definiciones de lo masculino.

Después de la difusión de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, las feministas comenzaron a emplear la categoría de género como una forma de referirse a la organización social de las relaciones entre sexos (Scott, 2000). Esta noción surgió junto con la invención de nuevas técnicas de modificación hormonal y quirúrgica de la morfología sexual (Preciado, 2010), pero recién se difundiría en las décadas de 1970 y 1980 para dar origen a una gran diversidad de estudios, cuyo punto de partida sería la crítica al esencialismo biológico y a la naturalización de rasgos relacionados con lo masculino y lo femenino (Szurmuk y McKee, 2009). La categoría permitió construir una perspectiva relacional entre feminidades y masculinidades, rechazando el determinismo biológico implícito en el empleo de términos tales como “sexo” o “diferencia sexual”.

En las décadas siguientes, el uso de este término implicó una búsqueda de legitimidad académica por parte del feminismo (Scott, 2000) y sería criticado en la década de 1990, principalmente tras la difusión de la obra *El género en disputa*, de Judith Butler (2007), por su definición como categoría social impuesta a un cuerpo sexuado.²

Butler (2007) introdujo la categoría de “performatividad” para pensar los modos conductuales en que un género se sostiene y repite en relación con los discursos normativos que erigen tipos ideales de masculinidad y feminidad adecuados e inadecuados, relacionados con una ley del deseo basada en la complementariedad heterosexual de los cuerpos. La repetida puesta en acto de normas genéricas —que a través de la ideología como práctica material interpela a los sujetos (Althusser,

² Al inaugurar los estudios de teoría *queer*, Butler sostuvo que la noción de género continuó por mucho tiempo atada a un paradigma naturalista que determinaba una continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo. En este sentido, los géneros inteligibles parecían ser los que instauraban y mantenían ciertas relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, práctica sexual y deseo. Y las variables para estas dimensiones eran lo masculino y lo femenino, que feminizaban o masculinizaban al deseo o la práctica sexual. De este enfoque, el sexo necesitaba del género, y este último generizaba a la vez al deseo en una relación de oposición heterosexista.

1984) — , performa los cuerpos, generizándolos. Desde esta postura, el género es un efecto de discursos y de prácticas: lo masculino y lo femenino no son disposiciones sino logros que se alcanzan dentro de la heterosexualidad. Pero, entonces, así como existen prácticas sexo-genéricas normativas, existen aquellas que las resisten o re-significan, haciendo visible la dimensión política de estas normas y la posibilidad de su alteración.

En la Argentina de la década de 1960 la noción de género aún no se hallaba difundida. Una serie de discursos de corte biologicista cristalizaba, universalizaba y eternizaba la diferencia entre macho y hembra, junto con una determinación cultural de hábitos sexuados femeninos y masculinos.

En este país, Eva Giberti y Florencio Escardó se consagraron como comunicadores de la ciencia sexual y expusieron sus teorías de los roles sexuales en revistas de difusión masiva. Escardó era un importante divulgador de la ciencia médica; fomentaba el control y la educación del sexo: la sexualidad debía ejercerse responsablemente. Por su parte, Giberti era una de las principales comunicadoras acerca de la educación sexual que debían dar padres y madres a sus hijos e hijas. Sus columnas en distintas revistas femeninas (*Para Ti*, *Vosotras*, *Mamina* y *Nuestros Hijos*) dieron lugar a dos compilaciones: *Escuela para padres* y *Adolescencia y educación sexual*. Sus notas presentaban una gran diversidad de perspectivas teóricas y metodológicas; las marcas conceptuales más fuertes provenían del psicoanálisis, el culturalismo estadounidense y el funcionalismo (Cosse, 2006). Giberti resumía las ideas de autores y autoras en boga para adecuarlos al gran público lector. Así, desde un discurso pedagógico, explicaba la construcción social de las diferencias sexuales:

Desde sus primeros años la niña oye: “Una nena no debe hacer esto... Una niña no debe sentarse de ese modo...”. Y el varón lo mismo: “Ésas son cosas de mujeres... No te portes como una mujer...”. Es decir, existe una calificación social del sexo. Se es hombre o mujer desde la primera definición social que se aprende en la familia. No se trata de poseer órganos femeninos o masculinos solamente, sino de acompañarlos con determinados comportamientos culturalmente definidos: hay conducta para hombres y para mujeres, por lo menos entre nosotros. Y la sociedad sanciona verbalmente, por medio de la crítica o la burla, a aquellos que actúan de manera que no coinciden con su ubicación sexual [...] Todo ser humano nace con un sexo definido (excluyendo los estados intersexuales que constituyen un caso aparte) y ese sexo comienza a ejercitarse desde el primer día de la vida (Giberti, 1964a: 14).

En las revistas femeninas de la década de 1960, la afirmación de la “identidad” masculina y la diferencia femenina eran la razón de ser del medio. Friedan (2009) había denominado “la mística de la feminidad” a esa imagen de lo esen-

cial femenino, de lo cual hablaban y hacia lo cual se dirigían las revistas dedicadas a enseñar cómo vestirse, qué imagen dar y cómo actuar para resultar más femeninas (figura 1).



*Lo único mas femenino que Warner's
es Usted!*

Warner's es el primer detalle de su femenina personalidad. Al probarlo se nota distinto por su calce natural, su ajuste natural, su elegancia sutil. Todos sus detalles hablan de belleza, calidad máxima... No en vano WARNER'S es tan mujer. Pruébeselo. Warner's es lo que usted siempre buscó.


Warner's

71

Figura 1. "Lo único más femenino que Warner's es Usted". Fuente: Publicidad de Warner's en la revista *Femirama*, 1969.

Una renaturalización femenina: felices, deseosas y audaces

Muchos discursos exaltaban la intuición como virtud de la mujer. En ocasiones se aludía a la antigua fórmula de que las mujeres podían tomar decisiones “siempre y cuando” le hicieran creer al marido que eran ellos quienes ejercían la autoridad. Esta audacia era contrarrestada con una explícita referencia a la necesidad de respetar el orden de género patriarcal: las alabanzas a la agudeza o la intuición femenina respondían a la relación de dominación (Bourdieu, 1999).

La publicidad de un automóvil de moda en la época —Citröen 2CV— usaba la idea de “intuición femenina” para vender un coche de “manejo supersencillo”; es decir, que podía ser dirigido despreocupadamente por un sujeto femenino, intrínsecamente intuitivo y no racional. Además, “permitía que el peinado viajara seguro” y tenía “lugar para los chicos y las compras del supermercado”. No hacía falta la inteligencia, sólo intuición, sin olvidar la coquetería y la atadura a la domesticidad (figura 2).

La domesticidad era fomentada en las típicas secciones de las revistas femeninas: cocina, decoración, pediatría. Las faenas domésticas eran indiscutiblemente las prácticas atadas a las cargas de la maternidad. La maternidad se exigía a los cuerpos femeninos como esencia de su identidad y ley de su deseo (Butler, 2007).

Por entonces seguía vigente en el país una figura de feminidad con la imagen de la matrona, antierótica por definición, encarnada por doña Petrona. Tradicional, desde su nombre hasta la imponente presencia de su cuerpo, transmitía respeto, con su delantal de volados y brazos fuertes de amasar (Varela, 2005) (figura 3).³

Ahora bien, el semblante de la cocinera robusta, de pelo corto y recogido, aún vigente en la prensa femenina de la época, se desadecuaba al pleno auge de la modernización. Las revistas debían construir una imagen erótica —sujeto y objeto de deseo— de la mujer como ama de casa, esposa y madre, que actualizara los modos de cumplir con los mandatos domésticos.

Las nuevas figuras del modelo de domesticidad eran mujeres adultas pero jóvenes, quienes valoraban su inserción laboral y profesional sin perder de vista las tareas hogareñas y el deseo de los maridos e hijos. Esta mujer, la cual iba volviéndose cada vez más atareada y atada a múltiples demandas, ahora podía darse el lujo de tener un automóvil (figura 4).

Se sumaban mandatos eróticos: la obligación de estar guapas, presentables y ser deseables. Además, era fundamental que estuvieran contentas (Valcárcel *apud* Friedan, 2009): la felicidad pasaba a ser un requisito. El valor de la felicidad se

³ Petrona Carrizo de Gandulfo era una cocinera proveniente de la provincia de Santiago del Estero, hija de una familia numerosa, quien conocía los secretos de la cocina tradicional. Su madre le había enseñado a cocinar como un “método para atraer a los hombres”. Sus recetas circulaban por la radio y en una enciclopedia de cocina, *El Libro de doña Petrona*, que no sólo incluía secretos culinarios, sino también consejos para la mujer moderna acerca de la organización del hogar y las tareas de mantenimiento.



las intuitivas

Son las que se deciden por el Citroën 2 CV guiadas por su intuición femenina.

Y después descubren que el manejo es supersencillo.

Que a cualquier velocidad, el peinado va seguro (por la ingeniosa ventilación).

Que pueden maniobrar con agilidad en los embotellamientos (gracias al embrague semiautomático).

Que pueden despreocuparse del agua (el motor está refrigerado por aire) y de cargar nafta (basta 5 litros para 100 Km.).

Que hay lugar de sobra para los chicos y las compras del supermercado (la capacidad es inagotable).

Que por más baches que haya, todo llega intacto (suspensión es la clave).

Sobran argumentos para demostrarlo.

La intuición femenina... no falla nunca.

 **citroën 2cv**

Pensado para gente que piensa

Figura 2. "Las intuitivas". Fuente: publicidad del Citroën 2CV, 1968.



Figura 3. "Margarita Palacios cocinando a la criolla". Fuente: portada de *Cristina*, 1965.

platero y yo

Platero es simpático, confortable, mullido... como si fuera caminando siempre sobre un manto de algodón. De mañana me acompaña a llevar los chicos al colegio y luego me espera obediente, mientras hago las compras en el mercado. No protesta, por más que lo llene de cosas. Recuerdo cuando se me ocurrió decorar la casa y lo cargué con todos los implementos necesarios: desde los inmensos rollos de empapelar... hasta una escalera que asomaba por el techo! Para eso, sólo tuve que desmontar la capota. Jamás se ha encaprichado en no andar y nunca me ha dejado en la calle. Además, es tan fácil de entender mi buen Platero! ☐ Para una mujer, no hay automóvil como el Citroën 2 CV. Y tampoco hay mujer que tenga un 2 CV como el mio... porque a ninguna se le ocurrió ponerle un nombre tan lindo como "PLATERO". No es cierto?

 **citroën 2cv**



Figura 4. "Platero y yo". Fuente: publicidad del Citroën 2CV, 1968.

había feminizado, mientras que el éxito —con resabios de la antigua idea de gloria— se asociaba con lo masculino. Se proponía un estilo de madre y ama de casa con intereses culturales, realizada profesionalmente, cuya meta era la felicidad de su familia y la de ella misma: se aconsejaba a las lectoras dedicar más tiempo y dinero a las cosas que deseaban.

El malestar en la feminidad

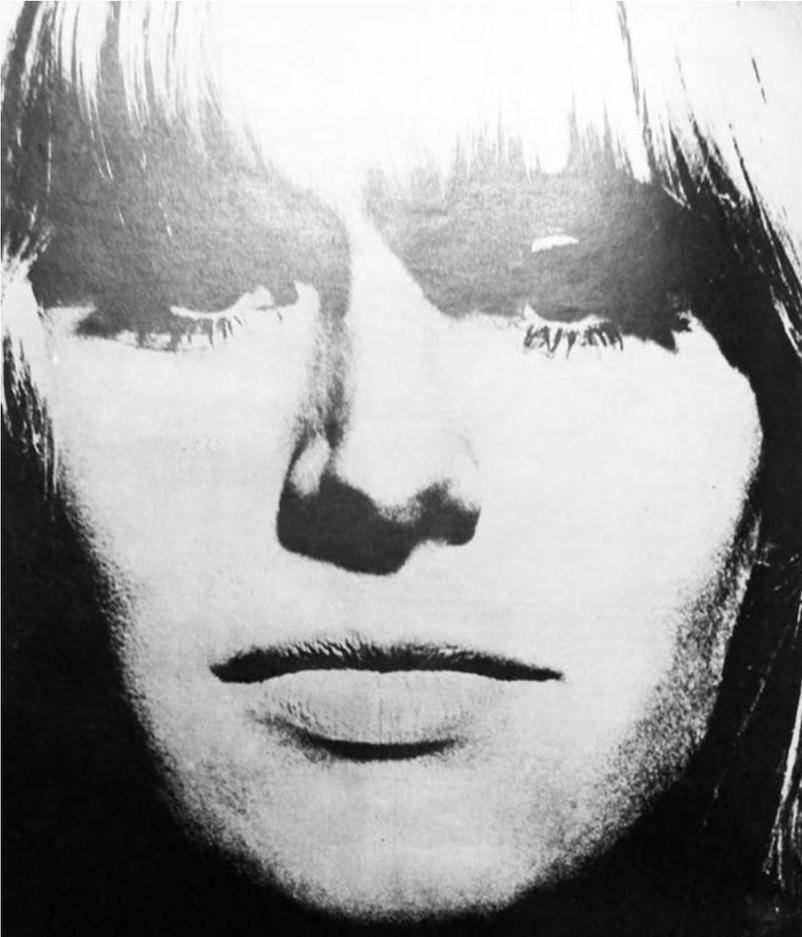
La “mujer moderna” suponía un nudo problemático: su naturaleza y conducta, los sentimientos que inspiraba o experimentaba, las relaciones permitidas o prohibidas que podía vivir, eran temas de reflexión, análisis y prescripciones. Tanto las ciencias sociales como las naturales posicionaban a la mujer como objeto de estudio (Perrot, 2008) (figura 5).

El auge del psicoanálisis en esa década llegaba en socorro de la mujer construida como “enigma para sí misma”: “La mujer de hoy ha salido a conquistar el mundo: una vida intensa, compleja, llena de interrogantes, la ha atrapado en sus redes. Ahora sólo le queda desenredar la madeja y a veces sólo la ciencia puede desenredarla” (“¿Por qué va la mujer...”, 1964: 6).

Desde un discurso evolucionista de la historia cultural, se describía y diagnosticaba la situación problemática en relación con los cambios en las pautas de género:

La situación de la mujer en la sociedad moderna y su creciente participación en la vida pública y profesional, que supone una etapa de transición hacia formas más evolucionadas, le ha traído conflictos inesperados, puesto que ahora tiene que asumir las responsabilidades que le acarrearán sus nuevos derechos, sin abandonar sus tradicionales deberes de esposa, madre y ama de casa. Actualmente la mujer se halla dividida entre sus intereses profesionales o vocacionales y su realización amorosa. Esto supone que debe darse un equilibrio entre ambas tendencias, pero ello le exige una permanente tensión, que acaba por afectar su bienestar psíquico. Voluntaria o forzosamente, ha invadido el campo que antes estaba reservado a los intereses masculinos. El eterno femenino ha dejado paso a un nuevo tipo de mujer, liberado, muchas veces, sólo en apariencia. Sin duda, la mujer puede ahora elegir su destino e incluso tomar la iniciativa en lo que se refiere a su vida sexual. Pero, en realidad, su conducta se aparta con frecuencia de las leyes biológicas y psicológicas [“¿Por qué va la mujer...”, 1964: 6].

Se aconsejaba la terapia psicoanalítica para resolver estas tensiones. Sin embargo, el tratamiento implicaba un recorte de clase: “La clase media es la que mejor se adapta” (“¿Por qué va la mujer...”, 1964: 6), admitían, pues en esta clase las mujeres ahora tenían tiempo para reflexionar acerca de su situación:



**Qué sucede
en lo más
profundo de
nuestro ser?**

Allí donde damos la vida. Donde cada mujer se muestra como tal. Qué ocurre en un proceso vital?

Porqué contentarnos con explicaciones superficiales, sobre un poder tan maravilloso otorgado por la naturaleza?

Resto de falso pudor?... Irresponsabilidad?

Una nota que toda mujer joven y moderna

debe leer en KARINA de abril.

También en este número; con más páginas, más notas y reportajes: La vida y los amores de Paul Gauguin en la legendaria Tahiti; y modas para este otoño. Todo al estilo...

**Revista
karina
de Abril.**

Figura 5. "¿Qué sucede en lo más profundo de nuestro ser?". Fuente: Publicidad de la revista *Karina* en *Gente*, 1969.

La mujer, más dedicada a las tareas domésticas, no ha tenido tanto tiempo para reflexionar, y a menudo ha constituido un enigma para el hombre y también para sí misma.

Parece una de las características de los tiempos actuales la intensificación de la curiosidad de las mujeres por su propio yo, el deseo de adentrarse en su personalidad oculta. En cierto modo, es una compensación por el largo tiempo en que no se la ha considerado un ser pensante. Ahora, la mujer quiere saber el cómo y el porqué de su situación respecto del hombre y de la sociedad y por eso busca ayuda en el psicoanálisis [“¿Por qué va la mujer...”, 1964: 7].

Para el enfoque psicoanalítico, los conflictos que presentaban las mujeres eran “sexuales (frigidez absoluta y relativa, sobre todo); afectivos e intelectuales (dificultades de estudio o rendimiento en el trabajo)”, pero también “generacionales”, entre madres e hijas fundamentalmente”; en las mujeres solteras, decía hallarse una “conducta masoquista (que se hace daño a sí misma) con respecto a la sexualidad” (*Maribel*, 1964: 22).

Las notas sobre malestares “psicológicos” de las mujeres se replicaban. Los y las “especialistas” alentaban el amor propio y a menudo arremetían contra los prejuicios religiosos en materia de sexualidad. Se legitimaba el placer sexual sin culpa, en abierta crítica hacia el fundamentalismo religioso, pero sin olvidar el “encanto femenino” (figura 6):

Ciertas posiciones extremistas que se producen en cualquier secta religiosa, son responsables de que muchos sean incapaces de disfrutar los placeres que la vida les ofrece sin hacerse algún íntimo reproche [...] no te olvides que dentro del cuadro general de tu vida, el placer desempeña un papel importante y que debes disfrutarlo libre de culpa, porque él también contribuye a madurarte emocionalmente y, en consecuencia, aumenta tu encanto (“¿Te sientes culpable?”, 1961: 74).

Las revistas femeninas hablaban de malestares de las jóvenes de cara a los nuevos horizontes vitales. Lectoras adolescentes de *Maribel* escribían al consultorio sentimental:

[...] tenemos un problema muy común entre nosotras [...] Y del futuro, ¿qué? [...] Nos casaremos, tendremos un hogar, hijos y... todo será igual. Si permanecemos solteras y trabajamos, también todo será igual [...] Europa u otros continentes nos interesan, pero jamás los visitaremos, porque nuestra posición social no es tan elevada como para permitirnos viajar [“En voz baja”, 1960: 28].

La consejera sentimental del correo de lectoras respondía a las adolescentes: “Sin ánimo de prejuizar, me inclino a pensar que están ustedes bajo la influencia

de un grupo 'existencialista', de cabellos desgredñados y gastados 'blue-jeans' de lustrina" ("En voz baja", 1960: 28). Al tiempo que criticaba la rebeldía, alentaba los prejuicios ante los nuevos modos de comprender la vida de algunos sectores juveniles.

ESE ALGO llamado ENCANTO

por Arlene Francis
4ª NOTA




El tiempo es un artículo de lujo del que todos disponemos en reducidas cantidades. Te sentirás mujer y "muera culpable", si lo empleas en forma constructiva. ¡Empieza hoy mismo!

¿Te sientes Culpable?

EN un cuento titulado "La sonrisa triunfante", P. G. Wodehouse escribió acerca de un joven que sufría de dispepsia, y a quien su médico había recomendado sonreír, cada vez que sintiera aversearse un ataque.

El consejo resultó un buen recurso terapéutico, pero desde el punto de vista social los resultados fueron desastrosos. El problema consistía en que, dadas las condiciones en que debía sonreír, su sonrisa adquiría, muy a pesar suyo, cierta expresión significativa y maliciosa que de ningún modo podía modificar. Todo el que se encontraba con esa sonrisa sarcónica y sospechosa empezaba a indagar en su memoria, en busca de algún hecho delictuoso que el joven pudiera haber descubierto.

En una fiesta de casamiento, hubo quien, al sentirse objeto de aquella mueca terapéutica, resintió algunos cubiertos de plata, al lugar que le correspondían entre los regalos de boda. También hubo quien le llevara a su rincón solitario, para deslizar en su bolsillo algunos billetes, con la condición de que "quede entre nosotros". Pero la situación llegó al colmo cuando, durante el acto religioso, el sacerdote interrumpió el ritual, para susurrar al oído de nuestro protagonista: "Después de la ceremonia, puede explicarlo todo".

EL SENTIMIENTO DE CULPABILIDAD

Cada uno de nosotros va por el mundo con su fardo de culpa a cuestas. Cuando su peso es excesivo, el fardo se torna agobiante, perturba nuestras acciones, y envicia el encanto que infructuosamente trata de abrirse paso.

Una mujer bien controlada se debe subvertir: La foto también es tan artificial y hace tanto daño como la foto superlativa.

Figura 6. "¿Te sientes culpable?". Fuente: *Maribel*, 20 de junio de 1961.

En esa misma época, en Estados Unidos, Betty Friedan (2009: 42) denunciaba a una sociedad menos interesada en saber lo que aquellas mujeres estaban haciendo como personas en el mundo que en preguntar: “¿Por qué una chica tan simpática como tú todavía no se ha casado?”. En las mujeres casadas había percibido “un malestar sin nombre”:

Tal malestar no llegaba a ser depresión; era una especie de insatisfacción creciente. Y, sin embargo, aquellas mujeres “lo tenían todo”, una carrera, una casa en las afueras con su barbacoa en el jardín, marido, tres o cuatro hijos... Y un porvenir de más de lo mismo: más camas por hacer, más cenas por preparar, más listas de la compra para anotar [...] La vida completa en ese mismo marco y las revistas femeninas para instruir las en cómo vivirla. Ellas no tenían otro horizonte. ¿Era eso todo? Daba la impresión de que la vida, la de verdad, quedaba un poco más allá [Valcárcel *apud* Friedan, 2009: 10].

Esta especie de depresión radicada en lo que Friedan denominaba “la mística de la feminidad”, aparecía como un enfado consigo mismas cuando sentían que anhelaban algo más:

¿Qué hacía que la mística pareciera inevitable, absolutamente irreversible, y que cada mujer pensara que estaba sola ante “el malestar que no tiene nombre”, sin darse cuenta jamás de que había otras muchas mujeres a las que no les producía el menor orgasmo sacar brillo al suelo del cuarto de estar? [...] ¿Qué clase de mujer era ella si no sentía aquella misteriosa plenitud encerrando el suelo de la cocina? Estaba tan avergonzada de tener que reconocer su insatisfacción que nunca llegaba a saber cuántas mujeres más la compartían. Si intentaba contárselo a su marido, éste no tenía ni idea de lo que estaba hablando. En realidad, ella misma tampoco lo entendía demasiado [Valcárcel *apud* Friedan, 2009: 55].

Con el farmacocapitalismo en desarrollo (Preciado, 2010),⁴ los malestares comenzaban a medicalizarse. Las mujeres insatisfechas tomaban tranquilizantes y pensaban que se trataba de un problema personal —y no político— con el marido o con los hijos, o que necesitaban volver a decorar la casa, trasladarse a un barrio mejor, tener una aventura amorosa o un nuevo bebé. La tesis de Friedan sostenía que del mismo modo que la cultura victoriana no había permitido a las mujeres aceptar o satisfacer sus necesidades sexuales básicas, en la década de 1960 la cultura no permitía a las mujeres aceptar o satisfacer la necesidad básica de crecer y

⁴ Preciado (2010) denominó como “capitalismo farmacopornográfico” a la consolidación en la época de un mercado capaz de gestionar tecnológicamente la vida íntima, sexual, asociada con el consumo de drogas legales e ilegales.

desarrollar su potencial como seres humanos, “... necesidad que no se define exclusivamente a través de su rol sexual” (Valcárcel *apud* Friedan, 2009: 115). El malestar se asociaba con la ansiedad propia del hastío vital. Caídas en las tentaciones del conformismo, existía en estas mujeres ese malestar: “Aun cuando el hombre la amaba como niña, como muñeca, como objeto decorativo; aun cuando le diera rubíes, sedas y terciopelos; aun cuando estuviera calentita en su casa, segura con sus hijos, ¿acaso no iba a anhelar algo más?” (Valcárcel *apud* Friedan, 2009: 120).

En su publicidad, la revista *Para Ti* (*Gente*, 1969: 83) documentaba uno de estos malestares femeninos: “[...] algunas mujeres que después de años de dedicarse por entero a los demás, se sienten solas y desorientadas”.

La revista *Life en Español* hablaba de las neurosis y frustraciones femeninas: “La mayoría de las mujeres se ponen neuróticas porque creen que su deber es complacer a los hombres. Si una mujer resiste, le sobreviene una depresión nerviosa y el psiquiatra le dice que es una frustrada sexual. Frustrada sólo es, pero no por culpa de su vida sexual” (“Experimentos matrimoniales”, 1969: 49).

Muchas veces los consejeros y consejeras sentimentales descartaban el malestar afirmando que las lectoras consultantes no se daban cuenta de la suerte que tenían: “Acepte las cosas como son y confórmese con lo que tiene” (“Los especialistas contestan”, 1968: 256). Les imponían que se “alegraran” por lo que “la vida les había dado”. Mandatos como: “quíéralo” —al marido— o “confórmese” clausuraban la posibilidad de otros discursos y prácticas, negaban el malestar y apuntaban a rectificar los comportamientos de las lectoras que “no se daban cuenta” o desconocían cómo era el modo correcto de comportarse frente a las relaciones amorosas, sexuales y familiares. Se insinuaba así el carácter inmodificable del orden sentimental, afirmando la resignación como virtud de la mujer: “No permita que su carácter se agríe y no se amargue por lo que no tiene. Mucho más importante y valioso es lo que la vida le ha dado ya” (“Los especialistas contestan”, 1968: 256).

Sin embargo, las cartas de lectoras no dejaban de hablar de los deseos y aspiraciones que se oponían a los consejos dados. Muchas jóvenes empezaban la rebelión por sus casas, y la ruptura generacional en el seno doméstico acarrearba malestar.

Las dificultades eran también económicas. *Maribel*, una revista destinada a clases más populares, daba lugar a discursos feministas que registraban estos conflictos: las mujeres necesitaban trabajar o arreglarse con el dinero que su marido les daba: “Y cuando su jornada normal ha terminado tiene que coser, lavar, planchar” (“La mujer de hoy y el materialismo”, 1963: 76). Los problemas aumentaban entre las “casaderas”:

Si está de novia, las dificultades se acumulan, porque casarse es actualmente una empresa audaz. No basta hacer economías, ni aun durante mucho tiempo y aunque

se resista a la inflación. Es necesario recurrir a los créditos, comprar con circunspección, renunciar a muchas cosas ... y convencerse, al mismo tiempo, de que todos esos esfuerzos no son vanos, que el novio sigue siéndole fiel y que su amor no se enfriará, hasta llevarle, finalmente, a casarse sólo por obligación [“La mujer de hoy y el materialismo”, 1963: 76].

La independencia era un camino arduo ante las tentaciones de la comodidad de amoldarse a la sujeción matrimonial, como advertía De Beauvoir:

Todavía no se ha comprendido lo suficiente que la tentación es también un obstáculo, y uno de los más peligrosos. Aquí la mujer, además, se engaña, porque de hecho sólo habrá una ganadora entre millares en la lotería del matrimonio ideal. La época actual invita a las mujeres al trabajo, incluso las obliga a ello, pero hace brillar a sus ojos verdaderos paraísos de ociosidad y delicias, exaltando a las elegidas muy por encima de las que permanecen clavadas a este mundo terrestre [De Beauvoir; 2007: 134].

En contra del conformismo se enarbolaban por entonces las banderas del feminismo, cuyas obras de cabecera pertenecían a las citadas De Beauvoir y Friedan.

Feminismo de la década de 1960 en Argentina

A partir de la década 1960, el siglo xx fue testigo de una nueva ola feminista de marcado carácter político. El feminismo radical hizo su aparición en el continente americano, en Europa y en otras partes del mundo, dando inicio a un proceso de conquista de derechos en un momento de avance y luchas políticas de las mujeres. En Latinoamérica el movimiento era urbano, de clase media e ilustrado. Articulado alrededor del principio ético y político de la igualdad, nació vinculado a la izquierda, a los movimientos de liberación de la mujer y a la teología de la liberación. Tales vinculaciones resultaron una fuente inagotable de debates y tensiones con una izquierda que muchas veces no supo entender políticamente las vindicaciones feministas y negó la especificidad de su lucha política.

En este contexto, la radicalidad política no suponía necesariamente radicalidad sexual (Cosse, 2010). Algunos discursos de izquierda juzgaban con conservadurismo la anticoncepción o la diversidad en las relaciones de pareja. La radicalidad política no implicaba una posición semejante respecto del orden de género y la moral familiar, y por eso la izquierda no asumió las demandas de liberación sexual como propias. Por el contrario, muchas veces las asoció con el imperialismo, las aspiraciones pequeñoburguesas y la sociedad de consumo. La llamada “revolución sexual” fue concebida tanto por la Iglesia católica como por la izquierda revolucionaria “como expresión de una dependencia cultural de la cual el pueblo argentino debía liberarse” (Cosse, 2010: 212).

El control de la natalidad tampoco era bien visto por la izquierda, ya que los hijos constituían la retaguardia de la revolución y daban motivos para la lucha. En ocasiones hasta se mantenía el valor de la castidad (Felitti, 2012). Para muchas agrupaciones —en especial aquellas que se fueron volcando a la lucha armada—, la igualdad entre varones y mujeres sería la consecuencia directa del proceso de transformación radical que se perseguía y no una cuestión por la que se debía luchar específicamente. Si bien se enlazaba la organización de la familia con los cambios económicos y sociales, se advertía que no se deseaba instaurar el amor libre ni la aventura sexual como norma de las relaciones amorosas; por el contrario, se declaraba partidaria del amor entendido como monogamia.

El feminismo se superpuso en Argentina a los movimientos de resistencia a los gobiernos de facto. Relacionado con el proceso de modernización de los centros urbanos del país (Trebisacce, 2010), las feministas y los discursos modernos establecieron una relación de la que supieron nutrirse y rechazarse mutuamente. Los medios masivos modernizados muchas veces ironizaban respecto del feminismo, mientras las feministas denunciaban las ambigüedades del discurso modernista.

Las reivindicaciones feministas dialogaban con los discursos modernizadores de la prensa femenina, al proclamar que querían actuar, moverse, estudiar, ser independientes, decidir sobre sus cuerpos y ser dueñas de sus sexualidades. Sin embargo, a la vez se oponían al “ser femenino” que también construían las revistas: hogareño, inocente, dedicado a la “pesca de marido” en la juventud y a mantenerlo conforme luego de la boda. Las feministas de la década de 1960 batallaron desde la prensa femenina. No se inscribieron por completo en el proceso de radicalización política ni en el de modernización, pero habitaron conflictivamente ambos (Trebisacce, 2010).

Las primeras organizaciones en el país que buscaron la igualdad de derechos de las mujeres, como la Unión Feminista Argentina, se formarían a comienzos de la década de 1970. No obstante, en la de 1960 se difundían consignas feministas en la prensa, infiltradas por ciertos sectores progresistas. En varias revistas femeninas —no sólo en *Claudia*, mitificada como revista de “vanguardia” por algunos historiadores—, los reportajes y las notas periodísticas daban muchas veces una visión amable del feminismo y compensaban las posturas más radicales con la exposición de discursos más conservadores en torno a temáticas convocantes como la difusión de la píldora o los cambios en las relaciones de pareja.

Un tópico de la época era la vinculación entre las mujeres y el poder. Sin embargo, las editoriales se encargaban de matizar la fuerza de consignas como “Mujeres en el poder” o “La mujer toma las armas” con imágenes naïf (figura 7).

La escritora Silvina Bullrich era una de las encargadas de promover discursos feministas en *Maribel*. “El voto como símbolo de responsabilidad”, una nota de su autoría, discutía con las reticencias de algunas mujeres para asumir deberes y derechos políticos, al tiempo que formulaba un discurso evolucionista:



Figura 7. "Mujeres en el poder". Fuente: portada de *Maribel*, 8 de junio de 1965.

Nosotras hemos venido cuatro siglos después para luchar por la dignidad humana [...] La lucha de razas, la lucha de clases o la lucha de sexos podían aparecer inexistentes mientras estaban adormecidas, pero ahora es tarde para echarse atrás. Ya se acabaron las épocas en que el hombre podía mantener solo un hogar; en que un padre, un hijo, un hermano, hasta un miembro lejano de la familia, si era hombre, se sentía con la obligación de alimentar y proteger a las mujeres de su casta. Ahora, cualesquiera sean las vicisitudes que una mujer tenga que pasar, aunque el marido la abandone sin un centavo, aunque tenga que mantener hijos menores, aunque esté mal preparada, mal educada, aunque su instrucción sea deficiente y su salud precaria, la sociedad considera que debe trabajar para bastarse a sí misma. Lo que la mujer todavía no sabe, porque no se lo han inculcado, en cambio, es que trabajar sin porvenir y sin aspiraciones es un castigo; trabajar bien preparada, con un título en la mano, con capacidad y con vocación es una dicha mil veces más intensa que la ociosidad [Bullrich, 1963: 3].

El rol de la mujer doméstica se ampliaba, pero sin perder las antiguas obligaciones: "Ahora el hombre no nos necesita solamente en el hogar, en la intimidad, para el lustre de su vida social, o para tener y criar a sus hijos; ahora nos necesita como compañeras y como electoras" (Bullrich, 1963: 4). Obviamente, no como candidatas.

La escritora reivindicaba el desempeño doméstico y la "función" de la esposa como trabajo doméstico y no como "labores":

No es justo que los hijos y el marido puedan cargar sobre la mujer los trabajos más oscuros, más pesados, más cotidianos, y todavía darse el lujo de afirmar que ellos trabajan y que ella en cambio no hace nada. ¿Qué haría un obrero con una mujer que no supiera cocinar, lavar, fregar, que no tuviera salud para trajinar de la mañana a la noche, de la hornalla a la batea y a la cuna y al colegio? ¿Qué haría un embajador con una mujer que no supiera mantener el pesado rango de embajadora? [Bullrich, 1963: 4].

El mandato doméstico se mantenía incuestionable. Desde una visión eminentemente conyugal, la mujer y sus funciones eran indispensables para la vida exitosa del marido:

De ella depende también que el marido aproveche su juventud y sus buenas rachas en inversiones sólidas que le formen una fortuna para la vejez. Todos podemos observar a diario la vejez desamparada de los hombres que han tenido mujeres frívolas y vanidosas, que han vivido en un tren que no correspondía a sus medios [Bullrich, 1963: 5].

Bullrich (1963: 5) sostenía que en Estados Unidos, Israel y los países nórdicos existía “una igualdad total e indiscutible entre el hombre y la mujer” y exaltaba el poder de la mujer en aquellos países “evolucionados”,⁵ diferenciándolas de las latinas:

El error de la mujer latina, la española, la francesa, la sudamericana en general, la italiana, en fin, como acabo de decirlo, de la latina, es exigir derechos sin asumir deberes. Y eso no está bien. Ningún derecho debe llegar a nosotros sin ir hermanado con un deber, de lo contrario, la libertad pierde su sentido sagrado y reverencial para convertirse, la mayoría de las veces, en libertinaje [Bullrich, 1963: 5].

En relación con la libertad de las mujeres, en oposición al modelo de “mujer moderna” que promovían tanto la publicidad como la prensa femenina, la escritora argentina alegaba que la mujer se consideraba libre, aunque no era más que una apariencia:

Ser una mujer moderna no es haber adquirido derecho de fumar o de beber whisky, de conducir un automóvil, amar transitoriamente y trasnochar en Saint Tropez. El homenaje que la mujer moderna le debe a sus esclavizadas abuelas es demostrar cuánto valor intelectual, cuánta energía vital, cuánta actividad creadora se desperdiciaban en nombre de no sé qué vagos e indefinidos prejuicios de sexo [Bullrich, 1963: 5].

En estas mixturas entre feminismo y domesticidad, aparecían notas de opinión que problematizaban la “igualdad de los sexos”:

Debemos adaptarnos a nuestra nueva situación en el mundo, debemos —sobre todo— examinar nuestras relaciones con los hombres. Las dificultades de entendernos con el otro sexo no son solamente debidas a ellos; son más bien causadas por nosotras mismas. Estamos con un pie en el presente y con otro en el pasado, y el resultado es que nuestro comportamiento oscila con frecuencia entre una exagerada confianza en nuestra fuerza y una debilidad predispuesta a ceder.

Por muchos que sean nuestros derechos, la verdad es que no somos hombres. No lo somos todavía, y, probablemente no lo seremos jamás. La diferencia de sexos es más que biológica: resulta igualmente de las costumbres que son una herencia, transmitida de generación en generación y fijada en la conciencia humana [“La mujer de hoy y los conquistadores”, 1963: 73].

⁵ Estas afirmaciones acerca de la igualdad en los países del norte eran opuestas a la descripción de Friedan (1963) de la vida de las mujeres casadas en Estados Unidos.

Era notorio que el horizonte de expectativas de muchas jóvenes argentinas se diferenciaba del de mujeres de la generación anterior.⁶ Nuevos discursos hablaban de una mujer con nuevas aspiraciones de individualidad. No obstante, la renovación periodística también descalificaba las luchas feministas. Un argumento frente a la avanzada feminista era, como en décadas anteriores, la pérdida de la femineidad. Las revistas femeninas buscaban diferenciarse del feminismo al tiempo que reclamaban a los varones que acompañaran los cambios de las mujeres.

En *Maribel*, como contrapeso a las notas firmadas por feministas, se publicaban críticas a los avances en los derechos femeninos. Por ejemplo, en "La mujer 1963" (1963: 50), un "argentino medio" expresaba su "opinión masculina" sobre la mujer de época. El texto despotricaba contra los avances del feminismo, lo ubicaba dentro de una "guerra de los sexos" y luchaba por reubicar a la mujer en lo que denominaba como "su reino" el doméstico:

Mientras que en el pasado se contentaban con ejercer su poder en forma subrepticia y mediante procedimientos sutiles, hoy han entrado en la lid y reivindican las formas exteriores de ese poder con sus estatutos y sus responsabilidades. Al mismo tiempo, según la falta de lógica característica en el sexo débil, desean seguir siendo en forma absoluta el objeto de las atenciones y miradas que anteriormente el hombre les prodigaba cuando su falta de defensa era evidente. Es como si un gato se comportara como un tigre y exigiera ser tratado como un dulce animalito doméstico, al cual se le sirve leche en un platito ["La mujer 1963", 1963: 50].

Indignado, denunciaba: "El hombre ha soportado este ridículo estado de cosas con una docilidad sorprendente" ("La mujer 1963", 1963: 50). Claro, la docilidad era una cualidad femenina, no masculina. Además, presentaba una amenaza de contraofensiva viril ante los cambios en el modo de vivir de las mujeres:

El movimiento masculinista crece por debajo de la superficie, y no sería de extrañar que un día "los derechos del hombre" llegaran a ser un grito de batalla. Los mártires harán guerra de hambre antes que empujar los cochecitos de niños por los paseos públicos, mientras que los héroes se harán encadenar a las verjas de los edificios públicos para llamar la atención sobre las torturas que debe experimentar el sexo fuerte de parte de estas mujeres arrogantes que reclaman simultá-

⁶ En este sentido, el cómic de *Mafalda* cristalizó una perdurable ilustración de la modernización cultural relacionada con nuevas expectativas femeninas. La creación de Joaquín Salvador Lavado, *Quino*, que comenzó a publicarse en *Primera Plana* en 1964, representaba a las nuevas generaciones para las cuales jugar a limpiar, lavar, planchar, coser y cocinar era una invitación a repetir la mediocridad de sus madres. Susanita, en cambio, la mejor amiga de la protagonista, era la antítesis de la niña intelectualizada, quien deseaba casarse y tener hijos.

neamente un abrigo de visón y una banca en el parlamento ["La mujer 1963", 1963: 50].

Este discurso machista y misógino tenía lugar también en la revista femenina. Asociaba el reclamo de derechos con la arrogancia; describía el estado de cosas como una guerra entre el sexo fuerte debilitado y el sexo débil empoderado, prediciendo el caos futuro y destinando a las mujeres a perder la batalla:

Cuando los sociólogos escriban en el futuro sus tratados, harán notar que las mujeres han cometido un error fatal de cálculo al "decretar" el derecho de elegir sus legisladores. La posteridad quizás compruebe que han trocado la realidad del poder por su sombra. En cambio, como madres y esposas, han reinado sobre los hombres desde los tiempos de Adán. Eran como un ejército admirablemente equipado y "camouflado", colocado en una situación dominante, y he aquí que deciden descender al llano para atacar a las fuerzas de una artillería más poderosa ["La mujer 1963", 1963: 50].

El discurso se respaldaba en el texto bíblico para recordar a las lectoras sus deberes únicos, inalterables y eternos: los de madres y esposas. También se amparaba en el recurso de autoridad de unos estudios sociológicos inexistentes, bajo el rango de una ciencia de moda en la época que apuntaba a validar la predicción. Se respaldaba en la psiquiatría y el conductismo para avalar su misoginia: "Los psiquiatras nos demuestran que la reacción de Pavlov más inmediata y angustiosa en un hombre es la que produce una sola palabra 'Mujer'" ("La mujer 1963", 1963: 50). Reclamaba el retorno a un estado de "naturaleza femenina" cuya plenitud sólo se alcanzaba a través de la pasividad, la aceptación de la dominación masculina y la maternidad nutricia, en un discurso de odio a las mujeres demasiado visible para tratarse de una revista femenina.

Pero entonces, en el juego de contrapesos discursivos, *Maribel* publicó en julio de 1964 otra nota firmada por Bullrich, titulada "¡Qué miedo nos tienen los hombres!":

Según ellos, a la mujer siempre le falta un hombre: ese hombre, por supuesto, es él. No ningún otro; los otros, ya lo sabemos, no sirven para nada. En vano tratamos de describirles las proezas del representante del sexo masculino que estuvo o está en nuestra vida. Nuestro interlocutor nos escucha meneando la cabeza y nos mira con infinita piedad: "No sabés lo que es un hombre", nos dice con ese melancólico desdén con que los grandes viajeros, renunciando a describir las bellezas del mundo, las resumen al dirigirse a un sedentario: "No sabés lo que es París... No sabés lo que es Florencia" [Bullrich, 1964: 8].

La autora narra su experiencia y hablaba del derecho de las mujeres de negarse a un varón:

Ellos pagan la comida, o el cine o la *boîte*... siempre claro, que no hayan venido a comer a nuestra casa o que no nos hayan mandado a nosotras entradas para un estreno. De todas maneras supongo que al volver de esos infructuosos *catch-as-can*, tendrán que resignarse a aceptar que el problema de esa mujer no es, sin duda, que "le falta un hombre". "¡Bah!", se dicen al meterse en la cama sin haberse lavado los dientes (cosa que los hombres olvidan más a menudo que las mujeres), es una mujer frustrada, tiene un complejo de... bueno, de cualquier cosa, porque en materia de complejos para endilgarle al prójimo hay de todo como en botica. Porque ninguna mujer que no sea frustrada o acomplejada podría, normalmente, haberle dicho que no [Bullrich, 1964: 9].

Cuando las disputas de género se comprendían como una guerra, no sólo tenían como escenario el ámbito doméstico, sino especialmente los espacios de trabajo, donde las mujeres iban ganando terrenos antes dedicados en exclusiva a los varones. Desde una mirada cosmopolita, la revista *Life en Español* registraba y bregaba por la aceptación de los cambios en la igualdad sexual, desde una posición pluralista y antidiscriminatoria:

[...] tal vez no comprendan todavía bien que esa evolución de la mujer es parte de los profundos cambios que están ocurriendo en toda la estructura social del mundo. El hombre debe reconocer que en el mundo de hoy, a ningún grupo, como grupo, puede tratarse como inferior a causa del color de su piel, de sus creencias religiosas, de sus orígenes nacionales... o a causa de su sexo ["Nacemos ya sexuales", 1968: 58].

El modelo de mujer independiente, moderna o liberada asumía el interés que despertaba la sexualidad (Cosse, 2010); reclamaba autonomía de acción social y política, pero también emocional, sexual y personal. Sin embargo, no dejaba de advertirse que esta independencia y el éxito femenino podía ir en detrimento del amor: "— Hermosa, joven y triunfadora. Pero cerrada al amor. Así es la misteriosa Marie Laforet" (publicidad de la revista *Karina, Gente*, 1969: 23).

En *La Revolución sexual argentina* (1966), Julio Mafud mostraba la expansión de ciertas prácticas sexuales y evidenciaba que las mujeres se disponían a ejercitarlas procurando mayor placer. Estas señales de autonomía aumentaban las preocupaciones en torno a la sexualidad de las jóvenes (Barrancos, 2010). Para el feminismo de la década de 1960, la autonomía sexual era un tema de debate. Según Dora Barrancos (2015), las feministas de principios de siglo xx no pensaban en

derechos sexuales, de la misma manera que no se permitían ninguna perspectiva sobre lo erótico personal. Con la llegada de la segunda ola en el país, el feminismo comenzó a alentar el derecho al uso erótico de su cuerpo. Se debatía el derecho de la mujer al placer sexual separado de la reproducción, mientras a la par se denunciaba la opresión sexual. Ambas miradas implicaban reconocer que la sexualidad era un campo de limitaciones, represión y peligro, pero a la vez de exploración, libertad y autonomía para las mujeres (Vance, 1989).

La época obtuvo un aumento de autonomía sexual para las mujeres. Pero entonces cierto feminismo continuaría asociando la sexualidad con el peligro, como un terreno propicio para la opresión de género no sólo a través de la violencia, la brutalidad y la coacción masculinas, sino también de la represión del deseo femenino a través de la ignorancia, la invisibilidad y el miedo (Vance, 1989). En detrimento de la investigación sobre los temas del placer sexual, la libertad de elección y la autonomía sexual de la mujer, se daría paso al enfoque de la opresión sexual.

El erotismo constituyó una temática escabrosa dentro del movimiento. Después de la década de 1970, las categorías de sexualidad y de género serían ampliamente abordadas y discutidas, pero la de erotismo quedaría muchas veces solapada tras la de sexo o asociada con la de pornografía. En tanto nudo problemático, la erótica dividió aguas en las posiciones teórico-políticas dentro del propio feminismo, que brindó respuestas complejas y contradictorias al respecto. Rubin (1989) ha sostenido que, si bien el movimiento feminista ha sido una fuente de reflexiones interesantes sobre el sexo, esto no supone que haya sido o deba ser el lugar privilegiado de una teoría sobre la sexualidad. Una tendencia teórica y política ha respondido con tenacidad a las manifestaciones eróticas, analizándolas —y juzgándolas— desde el marco interpretativo de la opresión de género o de la dominación masculina, y ha considerado la liberalización sexual de la década de 1960 como una mera extensión de los privilegios masculinos.

En esa década muchas feministas se resistían a abordar las cuestiones sexuales. La mayoría de ellas “estaba francamente en contra y era reservada sobre la anticoncepción y muy mojigata sobre la sexualidad, tema siempre tabú para el pudor femenino” (Perrot, 2008: 94). Sin embargo, a la vez se difundía la crítica a las restricciones impuestas a la conducta sexual de las mujeres y el alto precio que se les hacía pagar por ser sexualmente activas, reclamando una liberación y una discusión más abierta sobre la sexualidad. En la prensa femenina, la idea de realización erótica iba ganando terreno.

Un cuarto propio: resignificación de la soltería

Una nueva feminidad se propagaba en el ámbito publicitario, identificada con las mujeres modernas, “actuales”, “activas”. El significante “mujer moderna” había sido usado desde hacía décadas por la prensa femenina. La tradicional *Para Ti*, nacida en

1922, también estaba destinada a la mujer moderna. La polisemia de estos términos implicaba diferentes sentidos según los editoriales, y aun dentro de una misma revista suponía una diversidad semiótica que ponía de relieve diferentes “estilos” de mujeres contruidos en las notas, narrativas y publicidades (figura 8).

Con frecuencia, las contradicciones a los mandatos domésticos remitían a estándares extranjeros que podían considerarse excentricidades curiosas, válidas en otras latitudes o en los círculos más ilustrados o esnobs de la Argentina. En ese vaivén quedaba definido el carácter moderno de la mujer con una actualización del “modelo” femenino. Las notas sobre los patrones femeninos vigentes en el extranjero eran contrabalanceadas cuidadosamente por opiniones que rechazaban de manera expresa la impugnación corrosiva a la condición doméstica femenina.

La soltería en las mujeres, hasta entonces considerada como la situación de las “no colocadas” —las “solteronas”—, comenzaba ahora a implicar una decisión de vida que necesitaba de independencia económica. Las feministas resaltaban que la libertad formal no servía si la mujer se encontraba aún privada de derechos y solvencia económica. El desfase entre la conquista de derechos y su falta de concreción material, advertía De Beauvoir (2007: 85), podía derivar en un “tipo de la falsa emancipada que, en un mundo del que los únicos dueños siguen siendo los hombres, no posee más que una libertad vacía: es libre ‘para nada’”. La importancia de la dimensión material de la libertad había sido remarcada hacía tiempo por Virginia Woolf (2008): una desventaja concreta de la mayoría de las mujeres se materializaba en la falta de posesión de un espacio de libertad, como una habitación propia donde disfrutaran de la soledad necesaria para el ocio o la concentración.

En la década de 1960 las mujeres comenzaban a abandonar la casa paterna sin necesariamente casarse para ello. Con la actualización del modelo de la joven moderna se extendió la práctica de irse a vivir sola, a veces en compañía de alguna amiga con quien se alquilaba un departamento. Así, muchas mujeres salían de su condición de menor, de ser tutoriadas, aconsejadas y controladas. Así describía la revista *Maribel* este proceso:

Chicas que encaran el problema —el eterno problema— de su libertad y tropiezan con las mil y una dificultades que el momento impone, como precio altísimo, a veces inalcanzable. O cuando las manos suben lo suficiente para alcanzarlo, sólo encuentran una nueva esclavitud: trabajar sin descanso para pagar una libertad que en última instancia no sirve para nada, porque falta tiempo para disfrutarla [“Operativo departamento...”, 1965: 3].

El texto anterior se amparaba en algunas cifras como parámetro de esta situación: “[...] se ha dicho que el 25 por ciento de las mujeres adultas, o mayores de edad, si se prefiere, viven en esas condiciones en Buenos Aires”. La nota respondía

moderna

actual

muy femenina y...

...naturalmente

EVANOL

EL CALMANTE FEMENINO

... si, naturalmente para Ud. ha sido creado EVANOL. Para que viva plenamente todos los días, libre de dolores y temores que le impidan a Ud. ser siempre "Ud. misma" EVANOL le proporciona durante esos días, el alivio rápido, efectivo y prolongado que Ud. necesita. EVANOL calma suavemente, disminuye la tensión nerviosa y combate el decaimiento. Por qué no tenerlo siempre cerca suyo, verdad ?

Figura 8. "Moderna, activa, muy femenina". Fuente: publicidad de Evanol en la revista *Femirama*, 1968.

a una "intriga": "¿Qué hacen las mujeres solas? [...] En su gran mayoría son empleadas, taquígrafas, telefonistas, traductoras, etc.". Pero entonces se preguntaba: "¿Cómo pueden vivir solas con esos sueldos?". La libertad aparecía como sinónimo de la independencia económica: "[...] cuando se alcanza el tope de los treinta mil pesos, ya la independencia es algo tangible para una mujer sola" ["Operativo departamento...", 1965: 3, 5].

La importancia del cuarto propio se había difundido, y *Femirama*, en 1967, presentaba consejos para la decoración de "la habitación de la joven soltera":

En este siglo xx tan lleno de altibajos, pero al mismo tiempo tan positivo, la mujer soltera ya ha dejado de ser esa persona anodina supeditada a los caprichos de toda la familia. Trabaja, es independiente y por lo tanto puede permitirse cosas que antes le estaban vedadas, por ejemplo, decorar las habitaciones o los rincones que "le pertenecen", dejándose llevar por su buen gusto y poniendo en ellos detalles modernos y sumamente femeninos ("La habitación de la joven soltera", 1967: 9).

La nota exaltaba el espacio para la soledad: "El dormitorio es el lugar donde la joven puede dar salida a todas sus ideas, ya que le pertenece a ella sola" ("La habitación de la joven soltera", 1967: 11). Soledad y espacio para ellas mismas, toda una conquista. No obstante esta valorada independencia, la soltería femenina no dejaba de ser cuestionada en las revistas femeninas. El desarrollo laboral e intelectual de la mujer la alejaba del varón y, por ende, del matrimonio: "[...] un tema bastante candente: La mujer de veinticinco años de edad (edad media, que varía según las circunstancias), que ha logrado, por el trabajo o el estudio, una posición sólida y estable, ¿encuentra en el hombre una serie de defectos que la alejan cada vez más del matrimonio?" ("Proceso a la soltería", 1964: 18-19).

Esa nota analizaba "las razones por las cuales la mujer se aleja del matrimonio", una de las cuales era "el egoísmo del hombre": "[...] el principal reproche dirigido al hombre es su egoísmo. Y algunas agregan su vanidad, su petulancia, su presunción de 'sexo fuerte y dominante'. Otras coincidieron en decir que hay una cierta diferencia entre los sexos, que molesta a la mujer, pero de la que el hombre no es culpable, porque no la percibe" ("Proceso a la soltería", 1964: 19).

Conquistada su independencia y seguridad económica, el problema para el patriarcado ahora era "vencer su hostilidad a contraer matrimonio". Otra razón, según la revista, era "la elección difícil" entre la carrera propia y el matrimonio, encrucijada en que los varones no se hallaban envueltos pues no los vivían como incompatibilidades, ya que las demandas domésticas no les atañían:

El problema de la elección, la eterna elección entre el matrimonio y la carrera, suscitó respuestas dispares, pero la gran mayoría apoyó el matrimonio: "El matrimonio es

una lotería, pero estoy dispuesta a jugarme”, dijo la secretaria de una gran empresa comercial. Varias se volcaron por la carrera, y las menos dijeron que el futuro económico era demasiado importante, y el “contigo pan y cebolla” era una frase demasiado romántica para el materialismo que nos toca vivir [“Proceso a la soltería”, 1964: 19].

Según la nota, el papel que “les tocaba cumplir” a las mujeres modernas era demasiado pesado e “iba disminuyendo su feminidad”. Ante la profesionalización se postulaba que “la solución ideal sería tratar de integrar a un mismo nivel los nuevos derechos sociales con su condición de madre y esposa” (“Proceso a la soltería”, 1964: 19). Admitía que el “paralelismo profesional” podía producir nuevas barreras y celos de realización entre ambos sexos, pero a la larga llevaría a un mayor entendimiento recíproco, renovando la esperanza en la conyugalidad.

A veces la soltería se presentaba como una opción deseable; no obstante, seguían predominando las descalificaciones contra las llamadas “solteronas”. Además, las costumbres estaban muy lejos de otorgar posibilidades sexuales equivalentes a los varones y mujeres solteras. Lo cierto es que la soltería comenzaba a presentarse como una opción posible para las mujeres y no tan sólo como una fatalidad. En este contexto, la difusión de los anticonceptivos en la época ahuyentaba el peligro de una maternidad soltera y no deseada.⁷

Consideraciones finales

La prensa femenina era escenario de contiendas por el sentido de las transformaciones en la vida de las mujeres durante la década de 1960. Una posición moderada y moderadora situaba el eje de disputa en nuevos modelos de feminidad que, así como mantenían los mandatos domésticos, discutían en línea con el feminismo de la época el valor de la libertad, la independencia o la emancipación, y se intervenía sobre el significado de estos conceptos.

La década de 1960 enarboló un mito de la juventud (Pujol, 2002) y una serie de figuras femeninas que, a diferencia del juvenil, se asentaban más sobre continuidades que sobre rupturas: por un lado, todo un elenco de nuevos símbolos viabilizaban la renovación de modelos femeninos; por el otro, se mantenían argumentos que insistían en sostener los roles tradicionales-conyugales (heterosexuales) y domésticos-adjudicados a lo femenino.

Una revista femenina popular y de bajo costo como *Maribel* naturalizaba la condición femenina en términos de esposa, madre y ama de casa, pero a la vez ofrecía un amplio panorama del mundo no doméstico, donde no faltaban elogios a mujeres intelectuales que fueron íconos del feminismo, como Simone de Beauvoir, o reportajes sobre la discriminación salarial y profesional de las mujeres.

⁷ Esta cuestión la he trabajado en un artículo previo (Schaufler, 2017).

La publicidad apuntaba a ubicarse en la vanguardia, interpelando a la mujer de manera provocadora pero, obviamente, sin asumir una posición por completo disruptiva. Buscaba cautivar al segmento de público de las mujeres que parecía especialmente interpelado por el nuevo estilo femenino, sin que eso significara una radicalización que cuestionara el género en sí mismo de las revistas femeninas.

Una estructura se repetía frecuentemente en las revistas femeninas: una nota mostraba osadía y a continuación otra llamaba a la compostura; una celebraba a la mujer liberada y otra se preocupaba por su masculinización y desdicha (Felitti, 2010). En la tensión entre viejos y nuevos mandatos, los discursos acerca de las mujeres modernas enfrentaban varios dilemas. El ideal de esposa de la cual dependía el éxito o fracaso del matrimonio debía convivir con nuevos ideales de mujeres jóvenes más "liberadas", que sin embargo también oscilaban entre la libertad sexual y las "viejas estructuras" que ubicaban en "el reinado" de la familia, el hogar y los hijos (Cosse, 2010).

No obstante, hay que destacar el lugar que el feminismo ganaba en la prensa femenina, así como el tono reflexivo de algunos discursos acerca de la feminidad. Entre las ataduras incuestionables se hallaban la domesticidad, el matrimonio y la heterosexualidad, si bien ahora se sumaban nuevos mandatos de corte erótico: las mujeres debían atender a sus deseos sin olvidar los de sus esposos, claro. Aunque el hedonismo estaba reservado a ellos —los *playboys* del siglo xx—, a ellas les cabía dedicar tiempo a las actividades placenteras que ahora se abrían como nuevas posibilidades, como viajar o conducir un auto.

En Argentina, la actual ola del feminismo lleva a interpelar al movimiento y su historia en el país. Sin embargo, las diferentes olas del feminismo en países centrales no resultan del todo pertinentes para abordar los procesos históricos locales y regionales. Tras cierto avance en materia de derechos sexuales en la década de 1960, en la de 1970 el país sufrió una feroz dictadura que puso en suspenso a la segunda ola del feminismo en el país —la primera tuvo lugar entre finales del siglo xix y principios del xx—. El feminismo retomó fuerzas en la posdictadura, en 1983, en vez de la década de 1970, como en países del norte (Laudano, 2016; Elizalde, 2008).

No obstante, la década de 1960 marcó un momento de fuerte resignificación y reconfiguración de las figuras de lo femenino, mientras muchas mujeres experimentaban transformaciones en sus vidas sexuales y eróticas, cuando la sexualidad se desvinculó claramente de la reproducción con la difusión de la anticoncepción y las revistas debatían las dimensiones del amor y la sexualidad. Los discursos acerca de lo femenino en las revistas destinadas a las mujeres cooptaron algunas consignas del feminismo (McRobbie, 1998; Fraser, 2017) y reorganizaron la escena en torno a los géneros, las sexualidades y, además, la erótica, con la puesta en discurso del placer femenino.

Referencias bibliográficas

- Althusser, Louis (1984 [1970]), *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Barrancos, Dora (2010), *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*, Buenos Aires, Sudamericana.
- (2015), “Los vaivenes de la moral nacional. Entrevista a Dora Barrancos”, *Página 12*, 17 de abril de 2015, recuperado de: <<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-9633-2015-04-17.html>>, consultada el 6 de junio de 2018.
- Beauvoir, Simone de (2007 [1949]), *El segundo sexo*, Buenos Aires, De Bolsillo.
- Bourdieu, Pierre (1999), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- Bullrich, Silvina (1963), “El voto como símbolo de responsabilidad”, *Maribel*, año 31, núm. 1583, 2 de julio, p. 3.
- (1964), “¡Qué miedo nos tienen los hombres!”, *Maribel*, año 33, núm. 1637, 21 de julio, p. 8.
- Butler, Judith (2007 [1990]), *El género en disputa*, Barcelona, Paidós.
- Cosse, Isabella (2006), “Cultura y sexualidad en la Argentina de los '60: usos y resignificaciones de la experiencia transnacional”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 17, núm. 1, enero-junio, pp. 39-60.
- (2010), *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta en Buenos Aires*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Colaizzi, Giulia (1990), *Feminismo y teoría del discurso*, Madrid, Cátedra.
- “El hombre también ha cambiado” (1964), *Maribel*, s. núm., p. 1.
- Elizalde, Silvia (2008), “Debates sobre la experiencia. Un recorrido por la teoría y la praxis feminista”, *Oficios Terrestres*, recuperado de: <http://perio.unlp.edu.ar/oficios/documentos/pdfs/ofi_23/editorial-perspectivas-praxis.pdf>, consultada el 21 de marzo de 2018.
- “En voz baja” (1960), *Maribel*, año 29, núm. 1438, 30 de agosto, p. 28.
- “Experimentos matrimoniales” (1969), *Life en Español*, año 2, vol. 34, núm. 7, 6 de octubre, pp. 38-49.
- Felitti, Karina (2012), *La revolución de la píldora: sexualidad y política en los sesenta*, Buenos Aires, Edhasa.
- Fraser, Nancy (2017), “De cómo cierto feminismo se convirtió en criada del capitalismo”, *La Nota Sociológica*, 27 de septiembre (trad. de: <www.sinpermiso.info>, Lola Rivera), recuperado de: <<https://lanotasociologica.wordpress.com/2017/09/27/de-como-cierto-feminismo-se-convirtio-en-criada-del-capitalismo-nancy-fraser-2/>>, consultada el 21 de marzo de 2018.
- Friedan, Betty (2009 [1963]), *La mística de la feminidad*, Valencia, Cátedra.
- Giberti, Eva (1964a), “Lo que no se debe ocultar”, *Maribel*, núm. 1640, p. 14.
- (1964b), “El primer silencio ante lo sexual”, *Maribel*, s. núm., año 33, pp. 26-27.

- “La habitación de la joven soltera” (1967), *Femirama*, año 2, s. núm., marzo, pp. 8-11.
- “Las intuitivas” (1968), publicidad del Citroën 2CV.
- “La mujer 1963” (1963), *Maribel*, año 32, núm. 1573, 23 de abril, pp. 50-51.
- “La mujer de hoy y el materialismo” (1963), *Maribel*, año 32, núm. 1586, 23 de julio, p.76.
- “La mujer de hoy y los conquistadores” (1963), *Maribel*, año 31, núm. 1583, 2 de julio, p. 73.
- “La mujer toma las armas” (1964), *Maribel*, núm. 1640, agosto, portada.
- “Los especialistas contestan” (1968), *Femirama*, año 3, núm. extraordinario, abril, p. 256.
- Mafud, Julio (1966), *La Revolución sexual argentina*, Buenos Aires, Distal.
- “Margarita Palacios cocinando a la criolla” (1965), *Cristina*, núm. 854, agosto, portada.
- McRobbie, Angela (1998), “*More!* Nuevas sexualidades en las revistas para chicas y mujeres”, en David Morley, y Valerie Walkerdine (comps.). *Estudios culturales y comunicación: análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo*, Barcelona, Paidós, pp. 263-295.
- “Moderna, activa, muy femenina” (1968), *Femirama*, año 3, núm. extraordinario, abril, p. 221.
- “Mujeres en el poder” (1965), *Maribel*, año 43, núm. 1681, 8 de junio, portada.
- “Nacemos ya sexuales” (1968), *Life en Español*, año 1, vol. 32, núm. 8, 7 de octubre, pp. 52-58.
- “Operativo departamento: pesos y m² para la libertad” (1965), *Maribel*, año 34, núm. 1665, 16 de febrero, pp. 3-5.
- Perrot, Michelle (2008), *Mi historia de las mujeres*, Buenos Aires, FCE.
- “Platero y yo”, 1968, publicidad del Citroën 2CV.
- “¿Por qué va la mujer al psicoanalista?” (1964), *Maribel*, año 33, núm. 1646, 22 de septiembre, pp. 6-7.
- Preciado, Beatriz (2010), *Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en Playboy durante la guerra fría*, Barcelona, Anagrama.
- “Proceso a la soltería” (1964), *Maribel*, año 33, s. núm., pp. 18-19.
- Publicidad *Para Ti* (1969), *Gente*, año 4, núm. 222, 23 de octubre, p. 83.
- Publicidad *Karina* (1969), *Gente*, año 4, núm. 215, 4 de septiembre, p. 23.
- Pujol, Sergio (2002), *La década rebelde. Los años 60 en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé.
- “Qué sucede en lo más profundo de nuestro ser?” (1969), publicidad de la revista *Karina*, *Gente*, año 4, núm. 193, 3 de abril, p. 5.
- Rubin, Gayle (1989), “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”, en Carole Vance (comp.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, Madrid, Revolución, pp. 113-190.

- Schaufler, María Laura (2016), *La construcción del erotismo en revistas femininas de la década del '60 en Argentina*, Rosario, Conicet-UNR.
- (2017), "Sexualidades sesentistas: pasando revista a algunos discursos sobre el placer", *Badebec*, vol. 6, núm. 12, marzo, pp. 238-251, recuperado de: <<https://revista.badebec.org/index.php/badebec/article/view/190>>, consultada el 6 de junio de 2018.
- Scott, Joan (2000), "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Marta Lamas (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Programa Universitario de Estudios de Género-UNAM.
- Szurmuk, Mónica, y Robert Mckee Irwin (coords.) (2009), *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*, México, Siglo XXI.
- "¿Te sientes culpable?" (1961), *Maribel*, año 30, núm. 1479, 20 de junio, pp. 62-63, 74.
- Trebisacce, Catalina (2010), "Una segunda lectura sobre las feministas de los '70 en Argentina", *Conflicto Social*, año 3, núm. 4, diciembre, pp. 26-52, recuperado de: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/iigg-uba/20120621044617/conflicto_social_04.pdf>, consultada el 6 de junio de 2018.
- Vance, Carole (1989), "El placer y el peligro: hacia una política de la sexualidad", en C. Vance (comp.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, Madrid, Revolución, pp. 8-49.
- Varela, Mirta (2005), *La televisión criolla. Desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la Luna (1951-1969)*, Buenos Aires, Edhasa.
- Woolf, Virginia (2008 [1929]), *Un cuarto propio*, Barcelona, Seix Barral.